

La rueda de la fortuna



© La rueda de la fortuna, 2021

© Rivka De Córdoba, 2021

© de la ilustración: María Gabriela Lovera Montero

Petalurgia, 2021

Colección Arcania



petalurgia@gmail.com

www.petalurgia.com

@petalurgia

Edición general: Ma. Gabriela Lovera y José Miguel Navas

Selección editorial / Arcania: José Miguel Navas

Diseño, maquetación e ilustración:

María Gabriela Lovera Montero

Licencia Creative Commons:



Reconocimiento / No comercial

Sin obra derivada / 4.0 Internacional

Madrid, 2021

La rueda de la fortuna





La rueda de la fortuna

Rivka De Córdoba

Colección Arcania

La rueda de la fortuna



ARCANO X

Elisa pasó el día entregada al dolor, cansada de su incapacidad de aceptar los cambios, las transiciones, los finales. Esta era la segunda vez en un año que le rompían el corazón, además del dolor de cargar con un matrimonio aún joven pero desgastado. Hacía apenas unas semanas disfrutaba del ardor de un fresco romance a distancia, intenso, divertido y promisorio. Hablaban todo el día, se intercambiaban fotos y videos sensuales; le costaba concentrarse en el trabajo y en su familia. Los «te extraño» abundaban y su principal foco estaba en el próximo encuentro.

—«Si vamos más rápido, estaremos casados en diciembre», le dijo en octubre, solo unas semanas después de conocerse.

Era diciembre y ya todo había acabado. Una inmensa decepción ocupaba el lugar donde había vivido tanta ilusión. En su cólera por la pérdida y la vergüenza ante lo ordinario de todo lo que le ocurría, pensó en los amores que había tenido en el pasado. El primero, Eric, a los 14 años, era como suele suceder el más puro.

Un soberano apego de lo más dulce e idealista. Eso sí, después de los 15 años, nunca más pensó en él; aunque ha extrañado esa intensidad toda la vida. Recordó vívidamente aquellos lejanos días en que no podía imaginarse sin su abrazo, mucho menos estar con algún otro.

Desde entonces, se había enamorado al menos once veces en diferentes grados, pero siempre intensamente. Hasta la fecha, había tenido unas cincuenta y cinco parejas sexuales (le gustaba contarlas de vez en cuando «porque una debe recordar todos los amores por menores y fugaces que sean»). Sin duda un número espectacular para una chica aún en sus treinta, más bien tímida y demasiado sensible. A pesar de sus muchas relaciones, odiaba los finales y había sufrido, en diferente medida, cada uno de ellos. ¿Cómo se puede amar tanto sabiendo con tanta certeza que en unos meses, años, quizás incluso semanas o días después, con suerte, apenas querrías saludarlo? Esa pregunta era un tormento que la perseguía y corroía por dentro.

Ese día, caminando triste y taciturna por el West Village, notó una llamativa señal de neón anunciando lecturas de Tarot. A los quince minutos, una robusta rumana sentada en una gran poltrona de terciopelo rojo y botones dorados le echaba las cartas. La rueda de la fortuna aparecía al final de la lectura y la sintió como el golpe de una afilada estaca justo debajo de la garganta. Aunque Elisa no sabía nada de Tarot, solo tuvo que ver la figura para entender su claro juicio: la

relación con Roberto había acabado definitivamente. La voz de la tarotista ahora se disipaba tras su estridente pensamiento. Cayó en cuenta de que, una vez más, no tenía control sobre un final inevitable. La rueda de la suerte había girado y determinado su destino, por «injusto» que fuese. Por alguna razón pensó en su ex y le vino a la mente aquella noche, meses atrás, cuando no durmieron por amarse y acariciarse hasta el amanecer, sintiéndose presentes y completos como casi nunca, e imaginándose juntos en un futuro improbable. Entonces sintió el alivio de haber sabido disfrutar de ese momento antes de que el ciclo se cerrara. Esa imagen le trajo otras similares, con otras personas, en otros momentos. ¡Cuántas fases se abren y cierran!

La voz de la tarotista continuaba escuchándose de fondo como el ruido de una radio lejana, mientras su atención, casi en trance, se centraba en las cuatro criaturas que ilustraban el arcano mayor que, de manera categórica, le recordaban un claro designio: estaremos arriba, en el medio, abajo... una y otra vez.

—«Nada queda, todo pasa. Lo bueno, lo malo y lo no tanto», se dijo a sí misma en voz silente. Un suspiro delicado y profundo la desinfló y le disparó una lágrima. Entonces sus ojos se enfocaron en el centro de la rueda y comprendió que ese era el único lugar donde el constante girar se siente menos.

—«Allí es donde quiero estar, en el centro», soltó en voz alta, interrumpiendo a la tarotista. La mujer paró su explicación y la miró fijamente a los ojos por

unos segundos que se sintieron largos y dramáticos, antes de declarar con cierta autoridad:

—«¡Chica astuta! Ese es precisamente el objetivo, pero casi todos escogemos vivir al borde de la rueda, en el mundo de afuera donde el vaivén, el sube y baja, es implacable».

Elisa salió del lugar hundida en la resignación de las verdades inexorables, llorando la muerte de otra relación, resintiendo los recuerdos que debía archivar, temiendo extrañar emociones a las que no creía pudiese volver. Caminó sin rumbo ni destino. Ese viernes por la noche St. Mark's Place, entre las avenidas Tercera y Cuarta, estaba abarrotado de gente joven, posiblemente estudiantes disfrutando de todo el alcohol que en pocos años sus cuerpos perderían la habilidad de absorber.

—«Estoy demasiado vieja para el East Village», pensó, decidiendo refugiarse momentáneamente en una librería, antes de encaminarse hacia el metro para volver a Brooklyn.

Ojeando portadas de libros y disfrutando de la quietud del lugar, escuchó el teléfono que había ignorado por un récord de media hora. Veintitrés notificaciones: Instagram, Twitter, varias noticias, un recordatorio de que era hora de hacer ejercicio, tres mensajes de texto de su esposo y varios de WhatsApp. Uno de ellos de Jorge, el predecesor y quizás causante de Roberto, avisando que estaba en la ciudad y que quería

verla. Ese mensaje la hubiera aturdido hace menos de medio año. Devolvió el teléfono a la cartera sin responder. Y continuó su recorrido visual. Llegó a la sección de esoterismo, vio un libro sobre Tarot, lo tomó, lo hojeó y se arrimó a la pared para leer más cómodamente.

—«Te puedo leer una carta», afirmó sin introducción una voz masculina de tono al mismo tiempo joven y maduro. Ella levantó la cabeza, volteó lentamente y sonrió con receptiva curiosidad ante la presencia del amigable extraño. Más tarde catalogaría esa escena como sumamente «no neoyorquina».

—«¿Por qué solo una carta?», le contestó ella.

—«Porque creo que solo tienes una pregunta».

Elisa lo pensó por varios segundos y asintió. Caminaron juntos a las mesitas del café que había dentro del lugar. Una vez las cartas puestas sobre la mesa:

—«¿Debo verlo?», lanzó ella rápidamente con cierta vergüenza por el tono adolescente de su pregunta.

Él la observó, sonrió moviendo la cabeza juguetonamente, en signo de dulce desaprobación y la invitó galantemente a tomar una carta. La rueda de la fortuna apareció de nuevo. Ella abrió los ojos en gesto de sorpresa y suspiró.

—«Parece que es mi carta del día», dijo.

—«Se supone que no debes leerte las cartas más de una vez al día», replicó él, antes de proseguir terna y didácticamente: «esta carta simboliza la rueda de

la vida. Como es la primera y única que sacarás ahora significa un comienzo. Ante tu pregunta, te invita a considerar la apertura de un nuevo ciclo, siempre que tengas claro que todo se repite, pero el pasado nunca regresa».

Elisa sopesó las palabras por unos segundos mientras contemplaba la carta detenidamente. Miró al hombre a los ojos, sonrió, le dio las gracias amablemente y salió del lugar.

Sentada en un vagón del metro de la línea Q, en dirección a Coney Island, Elisa, ensimismada, observó el pasar de todo tras la sucia ventana: paredes de viejas baldosas deterioradas, largos rieles, rostros que se cruzaban en trenes paralelos, plataformas medio vacías, pasillos estrechos a lo largo del túnel, espléndidos puentes sobre la bahía del East River... el iluminado perfil neoyorquino. Fuera del tren todo se movía. Dentro del tren ella permanecía quieta, mansa, reposada. Una joven mujer con un niño que le colgaba dormido de un cargador de bebés pasó pidiendo limosna. Sostenía un cartel en el que se leía: «tres minutos de Tarot por un dólar». La mujer se aproximó:

—«¿Quiere saber su suerte?». Elisa negó con la cabeza, mientras buscaba un billete en su cartera, que extendió a la mujer. Esta tomó el dinero y sacó de su bolso la copia en blanco y negro de una carta del Tarot.

—«Todo cambia, todo sigue», dijo, entregándole

la imagen algo arrugada de la rueda de la fortuna.

Elisa se erizó ante la fantástica conjunción de magia y cliché, tomó con incredulidad el pedazo de papel y lo observó largamente, mientras la mujer y su niño se alejaban.

El timbre del teléfono la sacó de su abstracción. Era Jorge. Tomó la llamada, escuchó su voz y sintió cuánto lo había extrañado. A los pocos minutos estaría en el andén de la próxima parada, yendo en dirección contraria, rumbo a encontrarse con un pasado que no sería igual, sino otra cosa.



RIVKA DE CÓRDOVA nació en Porlamar, Venezuela. Fue periodista por todo el tiempo que pudo. Escribe para sobrevivir un buen trabajo. Reside en Nueva York desde el comienzo del milenio. Vive en Brooklyn con su esposo, hijas gemelas y dos gatos imaginarios a espera de hacerse realidad.



www.petalurgia.com
petalurgia@gmail.com
[@petalurgia](#)